

## ASPECTOS DE «CLARIN»

### POSICION DE COMBATE

En la provincia española viven —de seguro queda alguno— hombres así: desempeñan por la mañana su función oficial, después de comer asisten a la tertulia en el Casino o en algún café propicio, dan un paseíto, y luego, en la soledad de un despacho lleno de libros, se sumerjen en las delicias de la literatura. Leen y escriben. Extravagancias, claro, pero estos hombres son, por lo demás, tan buenos ciudadanos, tan amables personas, que tales pecadillos suelen perdonárseles como devaneos intrascendentes.

Hace cincuenta años, en Oviedo, vivió un hombre de esos. Un hombre que en muchas cosas sentía y pensaba como sus conciudadanos; se preocupaba por los asuntos municipales y los debates de campanario (incluso fue concejal), por las partidas de billar y también, algo, no demasiado, de su cátedra en la Facultad de Derecho. Y ese hombre es el mismo que con letra garrrapataosa gastó horas y años en escribir novelas y narraciones equiparables a las mejores de su época.

Leopoldo Alas escribía artículos, *paliques* y otros excesos, para ganarse la vida, porque necesitaba un público que le ayudara a sacar adelante la familia; los pergeñaba en la biblioteca

del Casino, impaciente por reanudar la partida y sin importarle un bledo la calidad de lo conseguido (1). Otras veces, desde la soledad de su despacho o en el sosiego del refugio aldeano, escribía a su gusto, sin prisa, no pensando en el público, ni en el periodista, ni en el éxito, por puro deleite y por necesidad de dar forma a ideas y a personajes que le preocupaban. En su cabeza y en su corazón alentaban imaginaciones tan vigorosas que el novelista no podía resistirse a darles vida: "Almacenaba todo en su cerebro, lo utilizaba cuando la inspiración febril casi se lo pedía o se lo imponía" (2).

Tenía Alas sensibilidad muy fina y captaba con precisión los problemas de la época. Idealista y clarividente, nunca se resignó al predominio de la chabacanería. Como uno de los grandes males del país lo denunció repetidas veces, dedicando parte de su tiempo y de sus afanes a la tarea de combatirlo y poner en la picota a mentecatos, simuladores y audaces sin talento: "la marea sube, cada vez se piensa y se lee y se siente menos; se vegeta, se olvida la idealidad, se abandona la tribuna y la prensa a los ignorantes, audaces e inexpertos... y se aplaude lo malo, se intriga, y se crean reputaciones absurdas en pocos días; y es inútil trabajar en serio, ahondar pensando, ofrecer la delicadeza y el sentimiento en el arte" (3).

Contra esta chabacanería, que es, al mismo tiempo, incultura e indiferencia, se movilizó *Clarín*, convencido de que si no se le atajaba acabaría corrompiéndolo todo, destruyéndolo todo. Curado de "vanidades cortesanas" y de "la manía de los honores y oropeles políticos y otras de su especie", quizá pensaba en alguno de sus convecinos cuando escribía: "Tanto imbécil ha sido cuanto hay que ser, que ahora aquí las grandezas humanas sólo pueden desearse si llevan anexos buen sueldo y derechos pasi-

---

(1) Adolfo G. Posada: *Leopoldo Alas*, Oviedo, 1946, página 158.

(2) A. G. Posada: *Autores y libros*, Valencia, 1909, página 172.

(3) *Palique*, página XXI.

vos” (4). No es escepticismo, ni responde la frase a un movimiento de malhumor: expresa con sinceridad el desdén hacia distinciones que, por ser atribuidas con sospechosa frecuencia a trapisondistas y memos, perdían su posible virtud estimulante.

Unicamente en un país caracterizado por la indiferencia pudo prosperar ese igualitarismo confusionario, beneficioso para quienes encubrían su vaciedad con la máscara de un título o cargo que les permitía pasar por lo que no eran. ¿País de ciegos? No: país de compadres. La chabacanería manteníase y se desarrollaba a la sombra del compadrazgo, proliferante y ostentoso, no limitado al ámbito de las letras, sino alcanzando todo e hiriéndolo todo con su dedo corruptor.

“No tienen aplicación a nuestro país —decía Alas— los argumentos que en otros suelen emplearse para negar la eficacia de aquella sátira cuyo objeto es la literatura. ¿A qué combatir lo malo? Se destruye ello mismo; lleva en sí el germen de su corrupción; ¿a qué fijarse en lo que, por insignificante, no llama la atención del público? Aquí no sirve decir esto; aquí lo insignificante es alabado por una seudocrítica tan ignorante y necia como popular y propagandística. Gracias a esa crítica de periódico callejero, en cuanto alguien dice una tontería lo sabe toda España. Podría creerse que entre nosotros la facilidad y rapidez de las comunicaciones había servido principalmente para acreditar disparates” (5). No nos dejemos distraer por las referencias a la literatura. Es el objeto inmediato de su comentario, pero la preocupación ahonda más, y el tema del compadrazgo, como el de la chabacanería, tiene calado nacional. Un país de compadres será un país sin horizonte y sin futuro: un país donde el escritor serio y honesto deberá ceder ante el compinche de turno y se verá, por lo tanto, incitado a buscar en la trampa lo que no obtendría por el esfuerzo inteligente y arduo.

---

(4) *Ensayos y Revistas*, página 15.

(5) *Museum*, página 46.

Durante un cuarto de siglo sostuvo Alas su batalla particular contra el compadrazgo y sus derivados. Batalla ininterrumpida que es preciso valorar partiendo de intenciones más que de resultados. No se le ocultaría lo baldío de una crítica meramente destructiva y ejercida casi siempre sobre mediocres, llamados a desvanecerse de natural desvanecimiento en cuanto cedieran las circunstancias que los sostenían en plano superior al verdaderamente suyo.

#### EL INCENTIVO PATRIOTICO

Es un error juzgar los trabajos que llamaba "crítica de policía" como adscritos a la crítica literaria. Considerados así, resultan excesivos, inadecuados a los pobres objetos de su comentario, pero si entendemos el estado de espíritu que le producía la constatación de cuán poco adelantaba en su combate contra los males predominantes, advertiremos que tienen distinta significación de la que suele atribuírseles y una justificación clara.

No quisiera exagerar, pero, releyendo a *Clarín* a la luz del medio siglo transcurrido desde su muerte, yo diría que algunos de esos artículos, pocos valiosos como "crítica literaria", están justificados en cuanto responden a estímulos patrióticos. ¿Qué le importaba, en suma, el éxito o el fracaso del poetaastro Pérez o el dramaturgo Fernández? Como casos particulares, evidentemente nada; mas esos éxitos le parecían síntomas de una dolencia nacional. Precursor de la generación noventayochista, a Leopoldo Alas le dolían los males de España y por corregirlos era capaz de sacrificarles tiempo y energías que pudiera haber dedicado a la creación literaria. A sus ojos, Pérez y Fernández no existían; eran meros símbolos de vicios a corregir, y si les aco-saba, si procuraba atacarlos con todas las armas y desde luego con la del ridículo, por parecerle la más eficiente para domeñar la presuntuosa necedad de los plumíferos infautados, no lo

hacía casi nunca, según se afirmó con malevolencia, movido por razones personales, sino por deseo de contribuir al saneamiento de la sociedad española en el punto y coyuntura donde le era posible ayudar a dignificarla.

“La nulidad lo invade todo. El verdadero ingenio la estorba, y le acoquina; se habla en voz baja y hasta se conspira en los periódicos en nombre de una democracia absurda: la democracia del ingenio” (6). A esa nulidad, ente abstracto, y no a los pequeños seres concretos en quienes encarnaba, se dirigieron los ataques de Alas. Basta observar la frecuencia con que generaliza para darse cuenta de que los disparos apuntan a la corrupción difusa que el compadrazgo introdujera en la vida del país. “La nulidad lo invade todo”, es contestación de un hecho desolador y grito de alerta lanzado para que le oyeran quienes podían remediar el daño.

¿Y quiénes podían? Volviendo a lo literario, terreno donde pisaba firme, porque conocía el personal y las costumbres (no le hubiera sido difícil poner nombres y apellidos, al describir la situación), después del *viaje a Madrid* que dio título a uno de sus folletos, escribió así: “Júntanse autores y críticos, la cortesía les impone la alabanza, el amor propio convierte en sustancia las fórmulas de la cortesía, la vanidad se sube a la cabeza, y a poco rato de estar juntos, todos están borrachos de vanagloria; hay luz en todos los ojos, carmín en todas las mejillas; todos ríen, las carcajadas se toman por *esprit*, cualquier salida de tono pasa por rasgo de ingenio: aquello es una orgía de vanidad... Y ¿cómo huir de esta vida artificial y falsa, viviendo en Madrid, en ese Madrid literario tan pequeño? Punto menos que imposible. Habría que ser un asceta. Pero un asceta, ¿continuaría siendo crítico?” (7). El detalle de la vanidosa inflación está observado con exactitud, y también la dificultad de criticar desde dentro hechos y circunstancias en que se participa.

---

(6) *Nueva campaña*, pág. 6.

(7) *Un viaje a Madrid*, pág. 11.

El drama —pues de drama y no de comedia se trata— admite trasposición a zonas distintas, a ámbitos más vastos, de que el mundillo literario es simple reflejo. Toda la vida del país padecía análogas taras: rientes a coro, atribuyéndose mutuamente talentos de que carecían, mundanos y políticos, vivían también la francachela del compadrazgo. La vida española era una tosca suplantación que estaba reclamando con urgencia el cauterio de sinceridad aplicado por Alas. Como luego, años después, recomendara Unamuno, era necesaria la voz insobornable capaz de llamar imbécil al imbécil e ignorante a quien nada sabía. No tuvo *Clarín* la voz imprecante, altanera y osada del rector salmantino, pero a su modo, con el arma menos estridente, pero no menos mortífera, de la sátira, inició la tarea de higiene pública que creía necesaria.

Este incentivo patriótico explica los elogios que dedicó a quienes consideraba los grandes españoles de su tiempo. Apenas resulta concebible que inteligencia tan aguda como la suya no formulara mayores reservas al comentar obras y actividades de gentes como Menéndez Pelayo y Castelar —por mencionar dos de sus más claras y justificadas devociones—. No era don Marcelino “un poeta muy bueno” (8), como él aseguraba, ni Castelar “artista como pocos, poeta épico en prosa, novelista o como quieran llamarle cuando traza síntesis luminosas de épocas determinadas de todo un ciclo de civilización; y aun más artista cuando reviste las ideas con las formas materiales con que pasan por el mundo y sabe pintar como nadie pasiones, caracteres, costumbres, trajes, edificios, naturaleza, movimiento y sonidos, cuanto cabe que pinte la pluma, a su modo” (9). Exageraciones en que llevan su parte la amistad y el entusiasmo, pero que vistas a la luz del sentimiento patriótico, regenerador, de *Clarín*, tienen un sentido muy claro.

---

(8) *Nueva campaña*, pág. 166.

(9) *Un viaje a Madrid*, pág. 38.

Por natural impulso de compensación, sentía necesidad de exaltar lo español en sus manifestaciones más nobles, y al hacerlo, trataba de restablecer el equilibrio arruinado por el compadrazgo igualitario, poniendo a cada cual en el lugar que le correspondía. ¿No se trasluce en esto, también, el hombre de derecho, el hombre para quien la justicia es virtud exigible sin contemplaciones, siquiera en apariencia ese absoluto implique trastorno? Sí; el espíritu de justicia influía en el escritor, a quien el trastrueque de valores implícito en el democrático “todos somos iguales”, le parecía insoportable inmoralidad. Recuérdese este aspecto de la personalidad y de la formación clariniana, si se desea entenderle y entender su actitud en la batalla librada.

No desconoció lo deleznable y percedero de muchos de sus paliques y sátiras, llamados a provocar la sonrisa que inutilizara a un necio. Si aceptó ese derroche de su talento, debemos pensar que la decisión, mantenida contra viento y marea, refleja algo más que la voluntad o la necesidad de ganar dinero. Su actitud sólo se justifica en función del patriotismo.

Sus colaboraciones en *Madrid Cómico* y otros papeles de parecida vitola están teñidos de intención política; son polémicas de orden político tanto o más que literario. La política le atraía, le seducía verdaderamente, y merece alabanza por haber resistido, en cuanto crítico, la presión de esta suerte de inclinaciones. Más aún: el acuerdo con el artista le hacía olvidar el disentimiento con el político.

#### AMISTADES EJEMPLARES

Cuando Menéndez Pelayo se presentó candidato a Senador por la Universidad de Oviedo, Alas fue su electorero más activo, y quien le informó sobre la táctica adecuada para vencer. No sólo la amistad; el espíritu de justicia y, en última instancia, el patriotismo, siempre presente, en filigrana, bajo la tex-

tura de sus afanes, le impulsaron a luchar por el mejor. Sus amistades estaban, además, establecidas partiendo de la simpatía intelectual, de la admiración a la obra literaria; por admiración al escritor llegaba a estimar y querer al hombre.

Ejemplo conspicuo de relaciones así establecidas es la forjada entre *Clarín* y Pereda, según fue afirmándose el robusto talento de éste. Alas no regateó censuras a *El buey suelto* y a *De tal palo tal astilla*, ni escatimó aplausos cuando en obras sucesivas se alejó el novelista montañés de los que aquél llamaba “pecados de trascendentalismo”. Al final fueron amigos y Pereda visitó Oviedo, principalmente para conocer y tratar a su crítico.

A menudo se pondera, por contraste contra lo después acontecido, este tipo de amistades ejemplares (amistades “siglo XIX”, diríamos, pues en él se dan con abundancia característica) entre hombres de opuesta ideología. Por lo antagónico de las mentalidades, suelen destacarse las parejas Galdós-Pereda, Galdós-Menéndez Pelayo, Alas-Pereda y Alas-Menéndez Pelayo. Don Gregorio Marañón ha escrito sustanciosas páginas sobre el tema, mas aún cabría intentar el análisis desde un punto de vista que lleva en sí, latente e iluminadora, la explicación del fenómeno.

El punto de vista del patriotismo. Cualquiera de esos escritores sentía sus ideas con pasión y fidelidad. Tuvieron, es cierto, una zona de coincidencias más considerable de lo que ellos mismos pensaban y sus discrepancias no alcanzaban tan hondo como imaginan los simplistas. Pero en dos o tres cuestiones de suma importancia sus pareceres andaban encontrados y tendían a soluciones opuestas. No es lícito suponer que se trataba de problemas subalternos, porque no lo eran, sino esenciales, ni considerarlos superados —y ya entonces advertidos en trance de superación— porque no lo están, sino todavía —cincuenta años después— vivos y acuciantes a través de la atmósfera espiritual de nuestro tiempo.

Esos hombres fueron capaces de reconocer talento al adversario e incluso de alegrarse de que lo tuviera, en cuanto suponía enriquecimiento de algo que, siendo un concepto, era también, y antes, una realidad: la patria. Españoles primero, y a regular distancia, hombres de partido, su españolismo superaba a su partidismo, que al enfrentarse con aquél se desvanecía casi totalmente. Cuando Alas habla de Pereda o Menéndez Pelayo le importa más su grandeza como artistas que su significación política. Habitado a la frecuentación de los grandes espíritus, le enorgullecía encontrar en Menéndez Pelayo una inteligencia de primer orden, uno de los pares de la inteligencia europea.

Pereda, tradicionalista y reaccionario, intimaba con Galdós, republicano y progresista, porque (lo diré en voz baja, casi en susurro, para quitar a la afirmación todo matiz retórico) ambos se reconocían patriotas y unidos en el amor a España. Discrepaban respecto a los métodos para engrandecerla, pero sin negar la buena fe de quien pensaba diferente, e incluso —aunque no lo confesaran— admitiendo la posibilidad de error en la actitud propia. Alas apoya la candidatura de Menéndez Pelayo porque sitúa, sobre las políticas, consideraciones de otro orden; la Universidad —pensaba— estará mejor representada cuanto más digno e inteligente sea el representante. Perogrullada, claro, pero con frecuencia puesta implícitamente en tela de juicio.

Analizando los acontecimientos en función del patriotismo, el apoyo de Alas a Menéndez Pelayo resulta lógico. Siguiendo este sólido hilo pudiera llegarse al final del laberinto y desentrañar las complejidades del alma clariniana. Por ejemplo, su defensa de la novela psicológica, de la novela sentimental, incluso, necesaria en España no tanto por razones estéticas como por motivos políticos (de alta y noble política, no de menudencia partidista): “La novela de *sentimiento* —decía—, no velesca en este sentido, nos vendría muy bien a nosotros, no

como triaca de excesivo análisis intelectual y filosófico, que tampoco sobraría, sino como remedio de nuestra castiza sequedad sentimental” (10).

Bien estaba el realismo a la española, el realismo racial, pero la novela realista no agota las posibilidades del género. Esta constatación le incitó a señalar la falla y a escribir dos novelas, *La Regenta* y *Su único hijo*, menos naturalista la primera de lo que es corriente pensar, y fracamente analítica y psicológica la segunda.

En un extenso estudio reciente, el profesor Baquero Goyanes demuestra la filiación romántica de *Su único hijo*: “*Clarín* se burla [en esa novela] del romanticismo, pero no desde una perspectiva naturalista o desde un fácil costumbrismo antirromántico. Se burla desde dentro del mismo romanticismo, sirviéndose de su lenguaje como de un arma de dos filos con la que se pueden suscitar efectos cómicos, paródicos o irónicos, pero también efectos delicadamente emotivos” (11). No puedo detenerme a comentar este párrafo y me limito a señalarlo al lector, para que medite las afirmaciones en él contenidas.

Lamentaba Alas que la evolución novelesca no hubiera llegado en España a los extremos alcanzados en otras literaturas. Echaba de menos, por ejemplo, un Jorge Sand español, y no por considerar excepcionales sus novelas sino por creerlas representativas de algo que, faltando, dañaba con su ausencia el panorama general de nuestra narrativa: necesitaríamos “un Jorge Sand español, momento literario que no hemos tenido y que hubiera sido, aquí más oportuno que realismos y naturalismos, con ser éstos bien venidos” (12).

En el mismo artículo precisaba sus deseos y los justificaba: “La novela española, que ha sido poco psicológica, apenas ha

---

(10) *Ensayos y Revistas*, pág. 156.

(11) Mariano Baquero Goyanes: Una novela de “*Clarín*”: “*Su único hijo*”, pág. 36.

(12) *Ensayos y Revistas*, pág. 157.

sido *apasionada*, además de no ser poética. Hoy, para ser Jorge Sand, al pie de la letra, es tarde; pero quiera Dios que, inspirándose en las *natillas y merengadas* que a doña Emilia empa-lagan, aparezcan novelistas, poetas, psicólogos *sentimentales y piadosos*, no para eclipsar, que sería difícil, pero sí para completar la obra de los Galdós, Peredas, Valeras y Alarcones" (13).

Le importa llenar el hueco, colmar el bache. Su defensa de la novela psicológica puede entenderse como alegación *pro domo sua*, pero me inclino a pensar que la sensación de ese vacío le perturbaba e, incluso, que escribió *Su único hijo* —adscri-bible a la literatura llamada por él "particularmente estética"— pensando en la necesidad de hallar fórmulas narrativas; recuérdese que postula la novela novelesca como revulsivo contra "nuestra castiza sequedad sentimental" y, según eso, al defenderla está pensando en una característica racial que de-searía reformar, en una deficiencia española cuyo correctivo imagina.

Apunta simultáneamente a dos blancos: uno estético, de en-riquecimiento y ensanchamiento del área de lo novelesco, y otro político, de modificación y enriquecimiento también del alma española. La novela, imagen de España y de lo español, le muestra los puntos débiles del alma española y a la novela re-curre para impregnar ese alma, un tanto reseca, de anhelos, sentimientos y romanticismos. Los "psicólogos sentimentales y piadosos", de que habla, quizá lleguen a hacer plausible la ima-gen de almas distintas, impregnadas de sentimiento y de pa-sión, y puedan, por la seducción de sus creaciones, suscitar imi-taciones que ayuden a reducir la "castiza sequedad" de que se lamenta.

#### MORALISMO

Junto al patriotismo, el moralismo; junto a la pretensión regeneracionista, la preocupación moral. Unidas contribuyen a

---

(13) *Ibidem*, pág. 157.

formar el carácter, la persona de *Clarín*. Don Adolfo Posada, amigo íntimo y compañero suyo en el claustro de la Universidad de Oviedo, escribe: "Alas fue toda su vida un espíritu esencialmente religioso, un apóstol de la religión de la belleza —a lo Ruskin—, de la religión de la moral —a lo Krause y... a lo Tolstoy, son compatibles— y de la religión a la manera de nuestros místicos. Toda su labor revela la preocupación ética del krausismo, recibida de Giner, y la preocupación estética, que era en él instinto quizá el más sustancial y profundo" (14). No entro por el momento en el análisis de la preocupación estética; reconociéndola sin vacilación como ingrediente esencial de la personalidad clariniana, paso a estudiar el moralismo.

La consideración del amor y de lo que el amor representó en su vida servirá para dejarnos ver mejor este aspecto de Alas. Intelectual y hombre de hogar, marido y padre ajeno a frivolidades y devaneos, su figura se opone a la del aventurero, al donjuanismo provinciano cruelmente retratado en el Alvaro Mesia de *La Regenta*. Hablando del amor, en la intimidad de una carta a José Quevedo, decía: "No admito que el amor sea una cosa ilegislable, inefable, indefinible. No admito el amor como pasión" (15). Entendió el amor —Unamuno coincidiría luego con él— como dulzura de la mujer-madre, en la diaria costumbre de lo apacible y sencillo, rompeolas y defensa contra embates exteriores.

En *Su único hijo*, tan malparado resulta el romanticismo desteñido y turbio de Monis como la prosaica necedad de Enma, a quien se contagia la "idea vaga y pérfida de la *gran pasión*", que Alas creía uno de los más nefastos inventos de la época. La *gran pasión* de Enma, como la de su homónima Bovary, es un espejismo. En la pobre Bovary tiene, por lo menos, autenticidad, y responde a un estado de espíritu anhelante e inquieto que en aquélla no existe. En la novela de *Clarín*, Bo-

---

(14) Adolfo Posada: *Leopoldo Alas*, pág. 223.

(15) *Ibidem*, pág. 139.

nis es el único personaje capaz de sentir desde el espíritu y el único, por lo mismo, capaz de transfigurarse y de transformar una situación grotesca en una situación de engrandecimiento moral.

El protagonista deja de ser ridículo cuando a la revelación de que "su hijo" no es suyo, sino del organista, replica sonriendo, "como estaba sonriendo San Sebastián, allí cerca, acribillado de flechas", con palabras que si de él no se esperaban, tampoco sorprenden, porque se le nota transfigurado y ennoblecido por el amor paternal: "Serafina... te lo perdono... porque a ti debo perdonártelo todo... Mi hijo es mi hijo. Eso que tú no tienes y buscas, lo tengo yo: tengo fe, tengo fe en mi hijo. Sin esa fe no podría vivir. Estoy seguro, Serafina; mi hijo... es mi hijo. ¡Oh, sí! ¡Dios mío! ¡Es mi hijo..! Pero... ¡como puñalada, es buena! Si me lo dijera otro... ni lo creería ni lo sentiría. Me lo has dicho tú... y tampoco lo creo... Yo no he tenido tiempo de explicarte lo que ahora pasa por mí; lo que es esto de ser padre... Te perdono, pero me has hecho mucho daño. Cuando mañana te arrepientas de tus palabras, acuérdate de esto que te digo: Bonifacio Reyes cree firmemente que Antonio Reyes y Valcárcel es hijo suyo. Es su único hijo... ¿Lo entiendes? ¡Su único hijo!" (16).

A lo largo de esta novela, el amor "pasión" no deja de parecer ridículo. Romanticismo de guardarropía y sórdido naturalismo contribuyen a realzar la miseria de unos episodios más cómicos que trágicos; no hay en ellos la intensidad vibrante en muchas páginas de *La Regenta*, donde por lo demás el análisis de los sentimientos lleva a conclusiones semejantes. La escena final de *Su único hijo* revela la transfiguración del protagonista, preludiada en las páginas precedentes, y admirable por cómo acierta a expresar la sublimidad del sentimiento que la produce.

Este sentimiento es el amor paternal, que, en su grandeza,

---

(16) *Su único hijo*, pág. 436.

hasta puede inventar el hijo, negándose a escuchar la sórdida verdad, porque se sabe en posesión de otra más profunda: el hijo será suyo porque lo deseó y lo forjó con solicitud y deseo del alma, mientras el seductor sólo pensó en el placer. La idea de Alas aparece clara: ser padre es querer serlo, sentir la paternidad como estímulo susceptible de cambiar la vida y el hombre; es pensar al hijo como prolongación de la vida, como ser en quien han de cumplirse esperanzas e ilusiones que, gracias a él, no parecerán frustradas sino diferidas.

Nadie, creo, ha llamado la atención hasta ahora, sobre la semejanza existente entre el final de *Su único hijo* y el de *Le Diable au Corps*, de Raymond Radiguet, el joven "prodigio" francés. También en esta novela hay un padre verdadero y un marido engañado que acepta la paternidad postiza, no grotesca sino noblemente. Y se comprende que crítico tan avisado como Maurice Nadeau considere la de Radiguet "obra de un narrador clásico y de un moralista comparable a los más grandes, a Mme. de La Fayette como a Chamfort o a La Rochefoucauld". Moralista como *Clarín* y por las mismas razones, aunque éste, superior como novelista, le aventaje también en la dimensión moral.

El amor paternal es palanca eficientísima, fuerza capaz de trastocar el ser de los hombres. El, y no el amor pasión, resulta realzado en las obras de *Clarín*, a quien no sería lícito entender insensible para el sentimiento amoroso en otras formas. *Superchería* y *El Señor* son ejemplos de etéreo y delicadísimo amor, y esos ejemplos están expuestos en tono que trasluce emoción y respeto.

El naturalismo teórico de Alas y su delicadeza instintiva, operando conjuntamente en la creación, dieron lugar a narraciones que sin renunciar a los avances de esa escuela literaria se distinguen de los productos corrientes en ella por la penetración en zonas espirituales donde no tenían acceso los practicantes de la estricta ortodoxia naturalista.

Moralista, su pensamiento obedecía a criterios firmes, a nor-

mas invariables: “contempló y estimó las cosas más sencillas y al parecer más menudas con la mirada fija en lo absoluto” (17). Se mantenía fiel al “eje diamantino” y entendía la existencia como disciplina al servicio de la idea, de las ideas y las obras nobles. Ya sabemos cómo defendió su independencia y se quiso libre, sin adscripción a grupos ni pandillas. Su vinculación a Castelar estuvo asentada más bien en la estima por la rectitud y el patriotismo del político, que en las coincidencias ideológicas.

Su moralismo estaba impregnado de catolicismo, y no solo porque “en la patria de Melchor Cano, de San Ignacio y de Santa Teresa se necesita *mucho lastre* para decir cosas nuevas, cosas contrarias a las consagradas por la pátina del tiempo y por los resplandores del genio” (18), sino porque lo sentía parte de sí, padre de lo mejor suyo: “no bastan la desamortización y Espartero, y después Martínez Campos, para hacer tabla rasa de la idea que se supone vencida y aniquilada. Además, todo lo que sea sarcasmos contra la decrepitud tradicionalista, contra su debilidad y derrota, son sarcasmos contra la memoria de un padre” (19). El respeto a lo tradicional y católico lo fundaba también en el sentimiento de su arraigo en la conciencia española, en la patria española; veía al país impregnado de religiosidad y creyó en la conveniencia de mantener el *statu quo*.

En su excelente estudio “*Clarín y Renán*”, analiza Carlos Clavería puntos esenciales del moralismo clariniano, confrontándolo con el del escritor francés. Es innecesario volver sobre lo expuesto brillantemente por Clavería, pero quiero tomarle prestada una cita que me ahorrará muchas explicaciones. “Como en la edad madura —escribía Alas— soy autor de cuentos y novelillas, la sinceridad me hace dejar traslucir en casi todas sus invenciones otra idea capital, que hoy me *llena más* el

---

(17) Adolfo Posada: *Leopoldo Alas*, página 222.

(18) *Palique*, pág. 164.

(19) *Ensayos y revistas*, pág. 196.

alma (más y mejor ¡parece mentira!) que el amor de mujer la llenó nunca. Esta idea es la del Bien, unida a la palabra que la vida y calor: Dios. Cómo entiendo y siento yo a Dios es muy largo y algo difícil de explicar. Cuando llegue a la *verdadera vejez*, si llego, acaso, dejándome ya de cuentos, hable directamente de mis pensares acerca de lo Divino. Hay quien nace para joven y quien nace para viejo. Yo confieso que soy de los últimos; pues, aunque tuve algún tiempo el orgullo de ser uno de los más puros *rumiantes de amor platónico*, jamás las cosas raras y profundas que el amor de mujer me hizo sentir en la juventud fueron algo tan dulce, tan suave, tan de las entrañas, tan mío, como esto que siento y pienso a veces, y que no va con *ella*, sino con Dios y el universo suyo. Mi leyenda, mis ensueños amorosos de *Don Juan por dentro*... Y a todas mis Dulcineas les he sido infiel; y mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se mortifica, se depura y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible de la muerte” (20).

La confesión es preciosa y —creo yo— sincerísima: la “idea capital” que rige su obra, el eje en torno al cual se mueven sus invenciones es la idea del bien: si Ana de Ozores se deja seducir por el presuntuoso Mesía es precisamente por falta de densidad moral. El ambiente de *Vetusta* le ahoga porque lo enfrenta partiendo de figuraciones librescas de ínfima calidad; carece de sólidos criterios de valor y le falta esa “idea del Bien” que le hubiera aclarado muchas otras.

Las quimeras en que se complace la Regenta responden a sentimientos de frustración explicables por las circunstancias de su matrimonio y el choque con el ambiente, pero la escena del teatro —tan relevante que estoy por llamarla decisiva— no habría producido iguales efectos si el fondo moral del personaje hubiera sido más firme.

---

(20) *Cuentos morales*, págs. VII y VIII, citado por Clavería: *Cinco estudios de literatura española moderna*, pág. 44.

Alas defiende a Zola porque está persuadido de la honrada intención del escritor francés. ¡Qué absurdas y mal encaminadas le parecieron las acusaciones lanzadas contra el naturalismo en general y contra Zola en particular, tachándoles de complacencia en la exposición de lo erótico! Con imagen certera buscaba la equivalencia adecuada a las obras zolescas: "... en los libros de Zola el intento afrodítico es un *deus ex machina*, pero no una delectación voluptuosa: se parece tanto a una tentación de lascivia como puede parecerse una clínica de enfermedades secretas" (21). Siempre el moralismo vigilando, incitando y ejemplificando. Censura en Zola el "positivismo artístico", pero defiende la exhibición de lacras y pústulas en cuanto tiene una finalidad purgativa inspirada en el propósito de hacer odioso el Mal.

Para la transformación del teatro reputó necesaria "la profundidad ética", elemento distinto de "el propósito *trascendental*, como se dice malamente; de la *tendencia* que también se ha llamado" (22), pues no está constituido por la voluntad de probar sino por la vigencia de un substratum ideológico, operativo sin alarde y sin moraleja, acaso por contraste, al informar la obra entera, que debe ser expresión dramática de un conflicto moral. Ese elemento es necesario, incluso estéticamente, y si falta se reduce la obra a un vaivén de personajes, desprovisto de interés. La *tendencia*, en cambio, como la "trascendencia seudofilosófica" que Alas censura en las novelas de Alarcón, son exterioridades superpuestas, nacidas de una intención estéticamente espúrea, del deseo de poner la obra literaria al servicio de ideologías. Si el eticismo es exigencia íntima, crecida, por decirlo así, de dentro a fuera, las seudofilosofías y la voluntad de probar vienen a la creación desde incitaciones ajenas al impulso creador, al impulso en donde la obra —drama, novela o poema— se origina.

---

(21) *Ensayos y Revistas*, pág. 33.

(22) *Solos*, pág. 60.

En Alas hay política y hay voluntad de probar, pero separadas y distintas de la obra creativa, de *La Regenta*, *Su único hijo*, y las narraciones de menos extensión. El esfuerzo regenerador, penetrado de patriotismo trascendente, cala porque le sustenta el moralismo. Pulcramente separados los diversos estímulos que movían su pluma, las obras novelescas son acaso las más exentas de ganga politiquera, entre las escritas en su época por gente de su talla mental. Bajo la corriente narrativa, bajo la exposición de los conflictos novelescos palpita la preocupación moral.

#### LA TERNURA

Una pincelada rápida, sin demasiada insistencia, al nivel del corazón, para recordar la ternura de Alas, su inclinación viril a dejarse conmover por las pobres gentes, los hombrecillos ridículos, las familias desvalidas del “quiero y no puedo”, descendientes del viejo hidalgo castellano que, para ocultar la indigencia y el hambre, se echaba en las barbas miguitas de pan. De punta a punta de Europa será necesario saltar si queremos hallar otro escritor en cuya obra alcance la ternura tratamiento estético tan eficaz; solo en Dostoiewsky encontraremos igual mirada dulce y cándida, a punto de enturbiarse por una lágrima difícilmente contenida.

En Alas la ironía compensa la ternura —y empleo el término compensación en el sentido con que lo usan los médicos: contrapunto adecuado y espontáneo para restablecer el equilibrio vital en un organismo amenazado— y sin destruirla, antes fortaleciéndola en el debate y por el debate mantenido con ella, la remansa dentro de fronteras que no puede traspasar sin transformarse en sensiblería, morbo cuya presencia en el hombre de letras es indicio de enfermedad grave.

La ternura, así situada y contenida, es una luz suave que ilumina rincones oscuros, almas anodinas; sucesos cotidianos y sin

relieve. Uno de los descubrimientos del romanticismo consistió en valorar líricamente la riqueza de la vida diaria; ver en los hechos repetidos día tras día —pensamientos, gestos, actos—, en las cosas triviales, apenas vigentes en la conciencia, de puro obvias, la poesía soterraña y dulce, una vibración cuyos ecos, si sabemos escucharlos con el corazón, dicen desde la lejanía alusiones al misterio de nuestro ser.

Las gentes de quienes ríe el petulante señoritismo finisecular— petulante, pero menos bárbaro que sus herederos— encontraron en Leopoldo Alas analista inteligente y amoroso. Inteligencia y amor para escudriñar sus vidas y entenderlas, para desmontar la maquinaria espiritual y dar con el resorte que les hacía vivir. Cesantes, pobretones, viejas medio locas, cursis... Sus nombres: doña Berta, Zurita, Ventura (de *Las dos cajas*), Avecilla... ¡Avecilla! ¿Se advierte cómo el nombre revela al hombre, cómo expresa el ser a quien sirve para designar? ¡Casto Avecilla! Inefable candor del mísero, tan atascado en la vulgaridad y en la pobreza que su tragedia parece tragicomedia, más propia para burlas que para llantos.

Siente Alas el dolor de las vidas humildes, de las frustraciones permanentes, la triste resignación de los inermes. Y al expresarla refrena su angustia para, sin declamación ni énfasis, dejar a los hechos sugerir cuanto él calla.

Pobres gentes es distinto que gentes pobres; *Clarín* no es novelista de intención social que busque en el proletariado asuntos novelescos donde destacar la miseria de la clase obrera. Su curiosidad se inquieta por el destino de los corazones humildes, espíritus mansos, seres que viven existencias sin alegría, pero no sin esperanza. Sentía piedad por las criaturas desvalidas, incapaces de rebelarse contra el destino, condenadas al fracaso de ensueños e ilusiones. Su ternura estaba inspirada y nutrida por la piedad y el amor.

Las pobres gentes son capaces de forjarse un ideal de sueño, pero están indefensas frente a la vida, que no tarda en destruir-

lo. Su tenacidad en aferrarse al ideal, aunque la realidad está demostrándoles lo imposible y absurdo de sus ilusiones, seduce a Leopoldo Alas, que ve en esos débiles, en esos vencidos y resignados, una fuerza de alma digna de sobreponerse a la imagen que el espejo les devuelve y de seguir fiel a la trazada por la imaginación.

Ridículos soñadores; de espaldas al prosaismo de los tiempos, renuentes a dejarse encuadrar en la vulgaridad que les constituye, y luchando por superarla. Nace así una felicidad —el término no resulta inapropiado— basada en la ficción y dependiente de ella; precaria y tan inestable que no es posible pensarla sin pensar, al mismo tiempo, la idea de su inmediata ruina. Engañoso sentimiento de quienes se empeñan en dar validez a lo imposible, en ver las cosas con un halo inexistente, en simular la vida y mentirse a sí mismos, no tanto por falta de valor para afrontar la verdad como por el deseo obstinado y ciego de poblar el mundo a medida de sus fantasías.

A veces, como en *Doña Berta*, el personaje se apodera del narrador y los sucesos, encadenados con pericia, tienden a la transfiguración de quien por vivir de sus sueños, desde el comienzo, en la hondonada frondosa de Susacasa, es justo muera también de ellos y en ellos, víctima de la brutal realidad que no podía oír, y no sólo por la sordera, sino por el ensimismamiento y el enajenamiento.

#### EL PROVINCIANO

Para entender a Leopoldo Alas necesitamos recordar otros datos, otros elementos de su compleja personalidad. Es preciso destacar su "provincianismo", su arraigo en Oviedo y su vida en Oviedo, no espectador sino participante en los afanes de la ciudad. Español y europeo, preocupado por España y por Europa, ocupándose de ellas y de sus problemas, fué, al mismo tiempo, muy provinciano.

Entre Cimadevilla y el Naranco se extendía un pequeño mundo con preocupaciones específicas, compartiendo las exteriores, pero movido además por querellas de campanario, animado por chismes locales y gracias de corto vuelo. A quien no haya vivido este tipo de vida parecerá extraño que pueda atraer a hombres como Alas. Mas justamente al ceder a esa atracción le vemos del todo humano, en sus pasiones (capaz de acosar en el examen al alumno hijo de un enemigo o de apasionarse discutiendo cualquier trivial problema del concejo), porque le vemos en sus debilidades.

Así, cuando llevado por Buylla y otros amigos, paraba a charlar con el remendón Severino Camporro, en el taller instalado en el portal de la casa del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, calle de San Juan, junto a la Audiencia. Era Camporro filósofo, amén de zapatero, y autor de un famoso *Discurso improvisado* (donde decía, entre otras cosas: “por fin entramos en Vulgaria” —a hablar de vulgaridades—) que en cierta ocasión leyó a varios amigos, entre ellos *Clarín*. Finalizada la lectura, le felicitó éste y muy seriamente le dijo: “amigo Camporro, es usted un gran escritor, a quien solo le falta tener sindéresis”.

No es imposible poseer una mentalidad excepcional y apasionarse por las mismas cuestiones que el carbonero de la esquina. Tal fué el caso de Alas. Oviedo era una ciudad con destello y su Universidad reunía a un grupo de hombres de vigorosa personalidad. La Extensión Universitaria les brindó campo donde ejercitar facultades que no se resignaban a la inacción. Sela, Aramburu, Posada luego, Alas, dieron a la Universidad ovetense dinamismo y eficacia y llevaron la cultura, sino a la calle, sí a círculos extensos.

La Universidad quería ser máquina de combate por el progreso y el mejoramiento de las gentes y del país (aquí asoma, otra vez, el moralismo, la inspiración de un esfuerzo tendente a perfeccionar al hombre y al mundo en torno), movilizada para propagar la cultura. El profesorado entró en el común anhelo y

pensó —nada menos— en la posibilidad de convertir Oviedo en foco de cultura semejante a los antaño construídos por ciudades griegas é italianas.

El intento no cuajó; faltó, entre otras cosas, la extensión del concepto cultura hasta su totalidad. Pero el impulso consiguió suscitar inquietudes, remover el ambiente, y sacar al provinciano de su indiferencia. Merece aplauso esa tentativa, basada en algo ahora más evidente que entonces: lo corrosivo y destructor de las grandes ciudades, las “ciudades tentaculares” del poeta, donde se aniquilan almas y espíritus que la provincia hubiera preservado.

La capital provinciana era un centro reducido, pero eficiente, de irradiación y progreso. Cuando hoy escuchamos al arquitecto italiano Alberto Sartoris proponer como ideal urbanístico la ciudad de cien mil habitantes, en la que cabe encontrar lo esencial de las urbes millonarias y rehuir los peores daños de las aglomeraciones, pensamos que Leopoldo Alas y sus compañeros de claustro fueron, en realidad, precursores. Vieron la conveniencia de dar a la provincia vida propia, dinamismo cultural, y de ayudar a estabilizarla haciéndola vividera y agradable.

En el provincianismo de *Clarín* influyeron diversos factores, sobre todo la dificultad de trabajar libremente en Madrid, y el amor a la tierra asturiana. Su obra narrativa está demostrando ese amor, quintaesenciado y sublimado en *Adios, Cordera*, uno de los cuentos más hermosos de nuestra literatura.

Fué asturiano —aunque nacido en Zamora— como pocos, y no sólo ovetense. Oviedo y Guimarán eran dos centros de atracción que en vez de contraponerse se completaban, versiones diferentes de una misma realidad: ciudad y aldea, no incomunicadas sino en constante comunicación; cada una con su belleza y sus razones de seducción, sirviendo para satisfacer distintos anhelos de un alma matizada y varia. Oviedo era la Universidad, el diálogo con los amigos a quienes podía comprender y que po-

dían comprenderle, los paseos por Cimadevilla y el Bombé; Guimarán, el campo norteño, los prados brillantes y las montañas civilizadas, caseríos y castañares, canciones encendiendo la tarde, cuando los carros cargados de heno bajan chirriantes, estruendosos, las pinas caleyas del monte.

Universidad y campo abierto, Aramburu y Pinón, todo era Asturias y todo hablaba al corazón de Alas, llenaba el corazón de Alas y se vertía desde él a obras que nadie acertó a colmar de más pujante ternura. Y sin desmedro de su preocupación patriótica, ni de aquella curiosidad viva y verdadera que el universo mundo le inspiraba.

El calificativo de "provinciano universal" que le dió Juan A. Cabezas, es exacto. Caracteriza el provincianismo de *Clarín*, y sugiere cómo debe ser todo provincianismo para trascender las limitaciones del término: poquedad de vuelo, falta de horizontes, excesivo apego a cominerías y miserias, progresivo angostamiento de la sensibilidad, y, como correlato, estrechez de temas y ambientes. Lo malo del provincianismo quedaba anulado por la comunicación con lo universal, y el espíritu fresco y renovado por los aires de fuera, por el contacto con las inquietudes circulantes en Europa. (Pues quizá más bien llamaríamos a *Clarín* europeo que universal; su universo es Europa).

Entiéndase el provincianismo de *Clarín* como excelente manera de estar en el mundo: arraigado en la tierra y junto a los hombres de la propia sangre, pero la cabeza alta, oteando a lo lejos, complaciéndose en el comercio de las mentes más claras, porque se sabía una de ellas, perteneciente al mejor linaje de la inteligencia occidental.

Provinciano y europeo; en contraste con algunos de sus coetáneos, como Pereda, para quienes Europa era un círculo desdeñable al que, de hecho, vivían casi vueltos de espaldas, Leopoldo Alas sintió Europa como superpatria compuesta por siglos de historia, obras de arte, ciencia y creencias. Europa era una rea-

lidad y la comunidad europea la representaban principalmente, a ojos del crítico, los hombres de letras.

En sus estudios sobre *Clarín* el profesor Clavería mostró la estrecha relación de nuestro novelista con el pensamiento de Renan y la obra de Flaubert. Sería posible ( y quizá el propio Clavería sea el llamado a realizarlo) evidenciar la influencia que sobre el español tuvieron Zola, Tolstoy, Víctor Hugo y otros escritores. Explícitamente declaraba *Clarín* su filiación espiritual y cómo, en este punto, no admitía fronteras.

Anclado en Oviedo, con escapadas a Madrid y vacaciones a Guimarán, preservaba su independencia sin carecer de puntual información sobre los acontecimientos intelectuales europeos. Información no siempre de primera mano, sino a través del reflejo parisino, según solía obtenerse en su tiempo. Hasta mucho después, bien adelantado el siglo XX, los sucesos literarios y artísticos sólo tenían virtualidad en París y por el reconocimiento de París. En tanto les faltaba carecían de algo esencial, y de no conseguirlo corrían riesgo de permanecer en un orden subalterno, oscurecidos y sin representación fuera del país de origen.

*La Revue des Deux Mondes* (la vieja revista de Buloz en que Sainte-Beuve había colaborado tantos años) era uno de los canales por donde Alas recibía información de Europa. Los libros de sus autores favoritos, de los que llamó "padres espirituales", le llegaban en seguida, y con ellos obras de actualidad, las obras de que se hablaba en Francia: poesía, novela, crítica... A esa vasta curiosidad debemos páginas como las dedicadas a Baudelaire, demostrativas de un espíritu inmerso en el tiempo histórico y curioso de las ideas y las técnicas poéticas que en París se discutían.

Desde la atalaya ovetense descubrió mucho mundo y el contacto con lo excelente foráneo mantuvo su gusto alerta, sensible y afinado. Ausente de Madrid, los personajillos del momento, los influyentes en academias y ministerios, le llegan, revelados según realmente eran, en los mediocres artículos y los perversos

libros pululantes en el fin de siglo. El contraste era grande, y por eso, cuando en lo de casa encontraba calidades comparables a lo extranjero, cuando un Menéndez Pelayo o un Galdós publicaban libros tan buenos como los mejores de ultrapuertos, su orgullo ibérico se exaltaba y el crítico tendía a convertirse en panegirista.

El retrato de Leopoldo Alas debiera llevar como fondo el caserío ovetense. Su Vetusta vivida y soñada, con el campanario catedralicio erguido sobre los edificios circundantes. Pero más lejos, en último término, entre nubes, el artista que lo intente deberá insinuar los ecos del mundo distante que sonaron cada día en su despacho de la calle Campomanes. Para retrato tal convendrá insistir en los tres o cuatro rasgos que infunden carácter: los definitorios de su personalidad. Al tiempo, y para que esos rasgos, de puro acentuados, no deformen la figura, será preciso contrastarlos con las referencias a otras notas, menos acusadas, de su esencia y su existencia, que contribuyan a completar la fisonomía y a comunicar una impresión total del personaje.

Un retrato es una síntesis. No pretenderá incluir, enumerativamente, cuanto pudiera hallar el análisis pormenorizado de la personalidad retratada. Es preciso proceder, no por eliminación —pues nada debe ser olvidado ni desdeñado— sino por reducción a lo esencial, matizando diversidades y contradicciones; sin ellas la versión resultará acartonada y convencional. Toques dispersos, manchas de color, pinceladas rápidas, ayudarán a lograr el parecido, a que el retrato contenga la biografía.

Para completar este ensayo, que en lo literario quiere ser el equivalente de un esbozo en la pintura, hace falta decir que no siempre acertó *Clarín* a superar limitaciones temperamentales: no supo o no quiso rehuir menudos rencorcillos, arrebatos injustos, ni apartarse de bufonadas y de intromisiones partisanas en las “paliques”, olvidando, como ya había escrito Sainte-Beuve, “el poco provecho que sacan los verdaderos literatos y

los espíritus críticos mezclándose con los grupos políticos”, y el aún menor que cabe esperar de rifirrafes con adversarios de tres al cuarto.

Suceso olvidado —no creo conste noticia escrita de él, y la que yo tengo la debo, como la anécdota de Cãmporro, antes referida, a la feliz memoria de mi padre, discípulo de Alas y habitante, entonces, en Oviedo, donde cursó como alumno oficial la carrera de Derecho—; suceso olvidado, digo, que refleja bien las súbitas cóleras clarinianas, es el ocurrido en la sala de armas del francés Garnier, instalada en un piso bajo de la calle Uría, entre Alas y su compañero de claustro don Rogelio Jove y Bravo, catedrático de Derecho Político.

Hallábanse ambos profesores tirando a florete y *Clarín*, mal esgrimidor pero difícil adversario, por ser zurdo, había sido tocado varias veces, sin que él pudiera alcanzar a Jove; encorajinado, cogió el florete como si fuera un palo y le golpeó en la careta, dando lugar a que su contricante, más corpulento y más fuerte, reaccionara y le vapuleara enérgicamente.

La crítica policiaca, en que Alas incurrió, acabó gustándole (si es que no le gustaba desde el principio), y se aficionó a ella y al manejo de la sátira como instrumento crítico. En otro lugar (23) expliqué las razones de esta actitud, pero es justo constatar que quien durante años emplea ese arma no lo hace forzándose, no lo hace contra los impulsos del corazón, sino siguiéndolos y estimulado por una propensión temperamental. Era necesario acercarse al público si se quería que el combate acabara victoriosamente, pero yo hubiera deseado que Alas recordara otras frases de Sainte-Beuve: “de todas las aptitudes del espíritu la menos inteligente es la ironía”, reza la primera; y, “quien quiere ser prudente, moderado, abarcar y presentar con independencia todos los aspectos de una causa y de un asunto, no se dirige

---

(23) Véase mi *Clarín, crítico literario*, separata de la revista *Universidad*, de Zaragoza, 1949.

sino a un pequeño número de espíritus selectos, y al porvenir. Los que desean el éxito, el acierto, deben decidirse a seguir ese camino”, dice la segunda, testimonio de cordura y elevación de criterio.

Curiosamente notamos en *Clarín* cierto contagio de la chabacanería tan combatida por él. ¿Cómo es posible que siendo el destruirla uno de los fines declarados de su crítica, se dejara captar por ese morbo nacional y ni siquiera advirtiese cuan subrepticamente penetraba en sus textos? Fenómeno no tan extraño como parece, pues decidido al debate y planteado éste bajo el arbitraje del “gran público” —no del pueblo, claro, sino del vulgo leyente y pontificante en ateneos y mentideros—, a quien se trataba de halagar para seducir, el deslizamiento a lo chabacano resultaba sumamente probable, casi fatal. Signos de los tiempos, pero aceptados sin protesta, sin la protesta previsible en un espíritu como el de Alas.

Por eso no llegó en la crítica al nivel que en la novela. En las grandes creaciones narrativas: en las dos novelas, *Doña Berta*, *El Señor*, *Cambio de luz...* no hay rastro de esa concesión, de ese descenso a conversar tu por tu con el vulgo municipal y espeso de *Madrid Cómico* y otros gedeones de la época. En esas obras el autor se dirigía a los mejores, a los espíritus sensibles, y, como recomendaba Sainte-Beuve, “al porvenir”. Y ahora, en nuestro presente 1952, al festejar el centenario de su nacimiento, le encontramos en ellas del todo actual, permanente, intemporal y logrado.

RICARDO GULLON